

# En memoria de *El Percal*

El Villadiego de los Toros celebra orgulloso el medio siglo de su plaza y dentro del obligado repaso al historial taurino de la villa reserva una página a la memoria de *El Percal*. Sirva ésta, en primer lugar, de agradecimiento a todos cuantos participaron de uno u otro modo en aquella revista nuestra, tan alta de miras como estrecha de medios. La mejor entre las imposibles.

Dejemos que otros juzguen si en esa historia taurina del pueblo la publicación de *El Percal* fue hito o anécdota. Los que participamos en su elaboración, al cabo del tiempo la recordamos, en lo personal, como el brote de una calentura, la de nuestra afición irredenta en aquellos años. Si de lo social hablamos, se nos representa como un verdadero ejercicio de comunicación que reunió a gente tan distinta y distante como uno pueda imaginarse, en torno a aquello que les une. Esto, antes de Internet. La emoción de encontrar un lector en Sanlúcar de Barrameda e imaginar ejemplares en Londres o Perú sólo era comparable en magnitud con su inversa, la mortificación que nos producía el hallarla tirada en la calle o abandonada en la barra del bar. Llegados a lo puramente aficionado, baste decir que, modestia aparte, *El Percal* fue un intento ejemplar y poco frecuente de profundizar críticamente en el conocimiento cabal de ese arte tan popular como en lo esencial desconocido.

Del feliz encuentro, finalizando los años 80, de Carmelo de Lózar y Antonio Martínez surgió al alimón la idea de lanzar la revista, es justo recordarlo. Hijo del pueblo cultivado en la escuela madrileña, el uno; presidente de la Asociación Taurina local el otro. Aficionados los dos. En la hora de bautizar la idea, a punto estuvo "*El Cierzo Taurino*" de figurar como cabecera, algo que dejaba patente un cierto espíritu recio y sin concesiones que animaba el proyecto desde el primer momento. Entonces fue que habló aquel que ahorraba siempre las palabras – *Jalva*: te recordamos- y fiel a su estilo, remató: "*El Percal*". Original, sonoro, polisémico. Aceptación unánime. Multiplicándose las adhesiones al proyecto, aquel N° 0, salido no precisamente de la rotativa sino de una humilde fotocopiadora, así como los primeros subsiguientes, reunieron las aportaciones de un grupo tan variopinto que el producto resultó de lo más original. Aquello no era sólo una revista de toros. Entre fundamentos taurinos y odas a Antoñete, allí podía usted encontrar desde una reflexión sociológica de actualidad hasta la receta de la quesada pasiega, pasando por las causas del "mal llamado *mal de la piedra*", el cine negro americano o las excelencias vinícolas de la "joven" (*tempus fugit*) denominación de origen Ribera del Duero y el fino de Jerez.

Apagada la efervescencia de aquellos primeros números, el segundo acto de esta obra se desarrolla en Madrid y en escena se ve a tres hombres alrededor de una mesa camilla, aplicando la tecnología del corta y pega a la luz de un flexo. Esa era, ni más ni menos, la mesa de redacción de *El Percal* que, centrado ya entonces en lo estrictamente taurino, incorporaba nuevas firmas obtenidas casi siempre por la fundamental iniciativa de Carmelo. Algunas de ellas las hemos podido leer posteriormente en medios de ámbito nacional, con lo que bien puede decirse que de nosotros recibieron la alternativa. Luis (*Güito*), fiel a su carácter pragmático y eficaz, fue encaminando las tareas hacia soluciones informáticas y el que esto escribe colaboraba en el pulido general de la edición, que acabó fijada en 1.500 ejemplares de periodicidad cuatrimestral. Con mayor frecuencia que esa se sucedían las llamadas a Villadiego donde la Asociación Taurina se afanaba en la búsqueda de una financiación que dejaba a menudo en suspenso la salida del siguiente número. Fueron doce más uno los que vieron la luz entre los inviernos del 88 y del 92, y como los tiempos adelantan que es una barbaridad, hoy viven digitalizados en la Red para quien en su día no pudiese admirar su pequeña grandeza.

Agosto de 2007

Javier Humada